Francisco José García de la Vega
General del Aire

Introducción

Abordar el estudio de un escenario de futuras operaciones militares del tamaño de un continente es un reto de grandes proporciones. Cabe incluso cuestionar como excesiva la ambición de acometerlo y pensar que sería más adecuada una aproximación más segmentada al continente que favoreciese la profundidad del estudio. Sin embargo, hay razones que justifican la intención de este estudio continental inicialmente, aunque posteriormente abordemos regiones o subregiones con más detalle. Estoy convencido de que serán comprendidas por quienes se interesen por el contenido de este trabajo: se trata en él de abordar la dimensión geoestratégica común al conjunto del continente; es decir, las líneas comunes de atracción y repulsión de intereses que concurren en conflictos con causas de fondo similares, en escenarios análogos o con dificultades parecidas desde una perspectiva estratégica, como la dificultad de las comunicaciones logísticas en relación con las operaciones militares, o la forma artificial en que las fronteras de los Estados fueron delineadas, lo que dificulta identificar conflictos con naciones soberanas y obliga a abordarlos con perspectivas más amplias.

África es grande, tres veces más grande que Europa, y tiene una densidad de población inferior a la mitad de la europea. Limitada por grandes océanos y mares en su periferia, tiene un interior continental de difícil penetración. Desiertos, junglas, ausencia de comunicaciones terrestres de calidad y tres grandes valles fluviales, los de los ríos Níger, Congo y

Nilo, sobre los que organizaron su exploración los pioneros europeos y que siguen constituyendo ejes de influencia y confrontación de intereses, configuran este continente.

Desde una perspectiva militar estratégica, son prácticamente inexistentes los puntos de recalada logística segura excepto en sus costas. África es diversa y compleja, geográfica, y también social y culturalmente. Esta complejidad es fuente de conflictos y afecta a cualquier intervención que intente solucionarlos.

Como parte de esta complejidad, destaca el elevado número de grupos étnicos y sus correspondientes dialectos, tradiciones y lealtades que contribuyen más a la legitimación social y política que otras razones de nuestro mundo occidental, como sentimientos nacionales o nuestra idea de democracia.

La competencia por intereses comunes de poder o subsistencia y la hegemonía de unos grupos étnicos o clánicos sobre otros es fuente de conflictos violentos, desplazamientos forzados y flujos migratorios. Las religiones dominantes, islamismo, cristianismo y animismo, no coinciden en su distribución con las fronteras de los Estados y son, en la mayoría de los casos, otro factor importante de confrontación en algunas zonas de África.

El peso económico de África en la economía global es poco relevante a pesar de contar con importantes recursos energéticos, materias primas y minerales. Más de la mitad de su riqueza se concentra entre cuatro países: Argelia, Egipto, Nigeria y Sudáfrica. La mayoría de los países tiene escaso desarrollo y gran desigualdad en la distribución de la riqueza, a pesar de que muchos de ellos cuentan con recursos naturales suficientes para asegurar su progreso. La economía de subsistencia y la sumergida predominan y están en muchos casos fuera del control de los Estados, lo que dificulta más el control del desarrollo por parte de estos. A pesar de todo ello, la existencia de importantes reservas energéticas y de minerales preciosos y raros, así como de grandes extensiones de terreno en venta para explotaciones agrícolas, contribuye a una concurrencia de intereses por parte de grandes potencias y economías emergentes, que compiten por su hegemonía en la explotación de esta producción.

En diferentes momentos del siglo xx, sobre todo en su segunda mitad, se produce el acceso de los Estados a la soberanía, al terminar los procesos de descolonización. Sin embargo, excepto en casos aislados, el control que ejercen los estados sobre su soberanía es más formal que real. Los modelos de fuerzas armadas, en general poco homologables con nuestros estándares y conceptos nacionales, contribuyen también a que esto suceda. La dificultad de crear una conciencia nacional colectiva, construida sobre fronteras artificiales delineadas por las potencias coloniales, se encuentra además con el mayor peso que tienen las tradiciones y

creencias propias de etnias, tribus, clanes y religiones a la hora de unir voluntades, sobre el que tienen los conceptos de Estado y democracia en nuestras sociedades occidentales. Esta situación coincide en la actualidad con la necesidad de tener que adaptarse a un mundo globalizado y desfasa aún más su consolidación como estados con pleno control de su soberanía y desarrollo.

Hay huellas del pasado con raíces profundas que afectan a la situación actual de África. El papel de las antiguas potencias coloniales, especialmente el de Francia y en menor medida Reino Unido, sigue ejerciendo en la actualidad una gran influencia. Existe una interdependencia más fuerte con ellas que el que se creó durante la guerra fría con las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, que mitigaron temporalmente esta e introdujeron un componente ideológico y dependencias político-militares. Al desaparecer estas han resucitado las rivalidades étnicas mitigadas durante el período anterior y han dejado libres espacios estratégicos que han sido cubiertos en parte por potencias regionales, organizaciones regionales de nueva creación y economías emergentes como China y Rusia. Sin embargo, existen grandes espacios vacíos y zonas de fractura que son ocupados de formas más traumáticas, como veremos a lo largo del estudio. Analizar estas huellas duraderas y las emergentes merece un análisis detallado, entre ellas el papel estratégico franco-británico.

El contexto estratégico de las últimas dos décadas, el que surge como consecuencia del final de la guerra fría, tiene otra importante dimensión: el desarrollo de movimientos islámicos radicales y sus secuelas terroristas, que en el momento actual está en la fase de mayor expansión.

Ante esta nueva situación, existe una amplia base de datos de lo ocurrido en los últimos veinte años, para poder analizar si existe un patrón común sobre la naturaleza de los conflictos acaecidos. Al hacerlo, y tratar de anticipar el tipo de operaciones militares que podrán desarrollarse, es necesario profundizar en los condicionantes geoestratégicos africanos. Sin duda alguna, uno de los más patentes es la dificultad logística de sostener operaciones militares de entidad ante la carencia de comunicaciones terrestres adecuadas. Excepto los apoyos en las costas, de no tener bases aéreas con carácter permanente en el interior, será muy difícil y arriesgado emprender operaciones comprometiendo fuerzas que pueden quedar aisladas. En este sentido es palpable cómo las potencias de mayor implicación en los acontecimientos en curso tratan de paliar estas carencias.

Para profundizar más en el escenario africano hemos dividido el estudio en cuatro partes: 1) dimensión geoestratégica de las operaciones militares; 2) el Sahel como escenario de una operación militar multinacional, africana y no africana (vitalidad del terrorismo islámico, Estados débiles

y tráficos ilícitos); 3) el Magreb (nuestra frontera sur) y 4) África y el valle del Nilo. Recursos vitales (líneas de tensión y unión históricas. El agua como fuente de conflictos).

Esta división tiene como objetivo mostrar la situación que el conjunto del continente presenta en relación con los conflictos y la perspectiva de operaciones militares en él. En manera alguna se pretende hacer un recorrido exhaustivo por todos los Estados o conflictos existentes. En muchos casos se tratará en profundidad algún aspecto o país para resaltarlo como ejemplo o factor común de aplicación generalizada que enriquezca la visión estratégica y dé ocasión de profundizar en causas o conclusiones que aporten lecciones hacia el futuro. En este sentido, confrontar la historia con la actualidad es una buena herramienta para diferenciar lo coyuntural de lo arraigado y de lo estructural. Se tratará de analizar riesgos y amenazas a la estabilidad en un escenario de intereses concurrentes. También se trata de identificar actores, y apuntar tendencias o soluciones. Esta es la honrada ambición intelectual del conjunto del trabajo.

Trataré de anticipar, a manera de sumario ejecutivo, lo que, en mi opinión de coordinador, imprime carácter a cada una de ellas.

La primera parte es un desarrollo más detallado de la introducción realizada hasta el momento. Don Rafael Calduch desarrolla la compleja configuración del continente, los recursos y condiciones de vida de sus habitantes. Destaca cuestiones claves a la hora de comprender divergencias importantes con el mundo desarrollado en que vivimos, como es el caso del papel que la tecnología de las comunicaciones desempeña para nosotros en la información y el desarrollo, y cómo, por el contrario, en África predomina en gran medida la comunicación oral haciendo un sesgo a la tecnología.

En relación con la evolución de las estrategias de las grandes potencias, de las potencias emergentes y su concurrencia de intereses, queda de manifiesto en su exposición la clara evolución de sus estrategias hacia un mayor peso del *soft power* al tiempo que, por parte de Estados Unidos, se crean mandos militares de especial dedicación al continente y se incluye África en sus aproximaciones a la seguridad; se subraya el peso específico de la presencia y permanencia de Francia que la convierten en país de referencia en muchas situaciones; se constata el desplazamiento por Reino Unido a un segundo plano de sus intereses en África en relación con otras zonas como Australia, Canadá, India y Pakistán; la inclusión de África por parte de la Federación de Rusia en sus conceptos de política exterior y de seguridad nacional por su preocupación por el terrorismo aunque su acento, al igual que el de China, se siguen centrando principalmente en los intereses económico-comerciales.

Las conclusiones estratégicas que se derivan de las condiciones geopolíticas y los intereses de grandes potencias en conflicto concluyen esta parte del trabajo y serán comentadas en las conclusiones finales.

La aproximación a cada una de las otras partes es distinta, como corresponde al foco que se pretende buscar según los factores que concurren.

Empezaremos por «El Sahel como escenario de intervención militar multinacional, africana y no africana», desarrollado por don Carlos Echeverría.

En este caso el terrorismo islámico en expansión en esta región del continente y los espacios que es capaz de ocupar, junto a sus causas y a la forma de afrontarlo, será el foco dominante.

A la hora de analizar la amplia faja que constituye esta región, que se extiende de este a oeste desde Eritrea y Etiopía hasta Mauritania, el capítulo se limita a la subregión constituida por Mauritania, Malí y Níger. Lo hace porque los desafíos del Sahel occidental tienen más relevancia para España desde la perspectiva de su seguridad y porque, en sí misma, esta subregión tiene coherencia para el problema que se pretende estudiar. Esta es una zona de paso y conexión entre la zona subsahariana negra y el norte o África blanca y, por extensión, Europa. Estados jóvenes con dificultades de control de sus soberanías donde predominan los tráficos ilícitos de toda índole convierten esta franja en epicentro de conflictos y de crisis. Como contempla el título de este capítulo, actores locales y exteriores han contribuido a la prevención, gestión y resolución de algunos de ellos. Este estudio destacará tanto alguno de los que tienen lugar en la actualidad como aquellos del pasado con lecciones relevantes. También las dificultades que son susceptibles de impedir que esta región pueda llegar a ser estable, y los actores con capacidad para superarlas. El Sahel oriental solo será tratado de forma tangencial y en otros capítulos.

Mauritania, Malí y Níger, estados que ocupan casi los últimos lugares en el índice de desarrollo humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, tienen dificultades para hacer frente con eficacia a los riesgos y amenazas que les afectan. Desde que son independientes, en los años 60, debido a sus carencias políticas, económicas y sociales, han sufrido innumerables conflictos. La presencia de Francia en la subregión tratada perdura después de la descolonización y sigue siendo un actor foráneo fundamental en la zona.

Economías frágiles con dificultades medioambientales como plagas y sequías en algunos casos como Malí, con la mayoría de su territorio desértico, con mezcla de comunidades muy diversas en sus territorios, impuestas por un trazado colonial de fronteras, constituyen un escenario propicio para conflictos internos y externos que han tenido lugar desde su independencia.

Los conflictos de carácter interno que han afectado a los tres países, desde su independencia, han tenido en general un patrón norte-sur (zonas más pobres contra las más ricas), han sido recurrentes, han enfrentado

tuaregs con comunidades árabes y también con el poder político situado en el sur en Níger y Malí. En algunos de ellos los tratados de paz firmados al concluir incluyen grupos tuaregs, grupos opositores al Gobierno, organizaciones de bandidos disfrazadas de motivaciones políticas, compuestas a veces hasta de más de ocho facciones diferentes. La reubicación de refugiados y desplazados, junto con las operaciones de desminado, desarme y reubicación de personal en las Fuerzas Armadas y de Seguridad forman parte de estos tratados. Nigeria y el sur profundo de Libia, incluso después de Gadafi, son por extensión escenarios recurrentes en estos conflictos. Argelia, Chad y Libia han estado y seguirán estando muy vinculados a los acontecimientos del Sahel occidental; Argel lo será como elemento central de la actividad diplomática. Los tratados de paz con que culminan estos conflictos, algunos de mucha cobertura mediática, han sido incumplidos repetidamente por escisiones de los grupos firmantes que han propiciado la perpetuación de nuevos conflictos y la inestabilidad.

A los conflictos internos que terminan teniendo consecuencias regionales, hay que añadir los de procedencia exterior. Gadafi, el gran actor foráneo de influencia en el Sahel, perseguía la integración política del mundo árabe y un frente unificador musulmán. La creación de la Legión Islámica a lo largo de los años 70 y 80 dotándola de dinero, armas y entrenamiento ha tenido efectos negativos posteriores en toda la subregión considerada.

Libia, dada su riqueza en hidrocarburos y su escasez de población, ha sido lugar de acogida de centenares de miles de subsaharianos. Algunos cálculos llegan a estimar dos millones. Las tensiones y problemas de convivencia de este grupo heterogéneo de inmigrantes han terminado a veces en choques y expulsiones de Libia que, aunque hayan tenido escasa visibilidad en el mundo occidental, han tenido consecuencias negativas en los países frontera. Más recientemente, como consecuencia del final la guerra civil en Libia, en enero de 2012 se ha producido en Malí la revuelta del Movimiento de Liberación Nacional del Azawad (MNLA) al regreso de sus líderes desde Libia al final de la guerra civil. Estos sucesos en el norte de Malí, tras actuaciones de la ONU y de la Comunidad Económica de Estados del África Occidental (CEDEAO), provocaron la intervención militar liderada por Francia, la Operación Serval, al agravarse la amenaza. A fecha de junio de 2013 podemos decir que, si bien es cierto que esta operación liberó las grandes ciudades del norte de Malí de terroristas, radicales y bandidos, la emblemática ciudad de Kidal sigue en manos del MNLA y su Alto Consejo. Por otra parte, la convivencia entre tuaregs y otras comunidades, sobre todo árabes, con las autoridades de Bamako sigue sin ser resuelta.

Si hay algo que dé sello propio a esta subregión saheliana, son los *tráficos ilícitos* desde el África subsahariana a la vieja Europa, pasando por el África blanca septentrional. La trata de seres humanos, en la antigüedad dina-

mizada por los tuaregs, es todavía realidad. Drogas, mercancías robadas, marfil, diamantes y armas son los tráficos ilícitos más comunes. La lacra de la corrupción que les acompaña y la utilización de esta como arma arrojadiza a nivel político tienen gran impacto en los países de la zona.

El terrorismo yihadista llega a esta región desde dos orígenes distintos: Argelia y Libia. Desde Argelia en los años 90, irradiados al ser expulsado por las Fuerzas Armadas argelinas el Grupo Islámico Armado (GIA), que irrumpe hacia Malí y Níger. No se trata solo de llevar el verdadero islam a esta zona, sino de aprovecharse de los tráficos ilícitos existentes utilizando franquicias, como Al Qaeda, que les hace más rentables. La franja del Sahel recibe también en la pasada década la proyección terrorista de perfil libio, tunecino, marroquí y mauritano. Además, Al Qaeda inicia su despliegue en el mundo islámico sin llegar a levantar recelos hasta el 11S de 2001, cuando se presenta como amenaza que llena los amplios *espacios vacíos* del Sahel. Las iniciativas Pan-Sahel (PSI) y la Iniciativa Trans-Sahariana Contraterrorista (TSCTI) son la reacción a esta percepción de marca estadounidense. Secuestros y atentados en la región hacen esta amenaza visible a las opiniones públicas occidentales. No hay que olvidar, como ya se mencionó, en el escenario por el sur a Nigeria. Al Qaeda alienta allí actores como Boko Haram y su escisión Ansaru, grupos terroristas especialmente activos.

En este caldo de cultivo veamos algunos antecedentes de la intervención militar en la zona y su evolución. El Sahel occidental es un escenario antiguo de operaciones militares. El Sáhara Occidental se sitúa en su epicentro. Es el último dosier no resuelto desde la época colonial. Sigue sin resolverse a pesar de la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum (MINURSO). Es uno de los conflictos más frustrantes por la falta de perspectivas positivas que presenta. La confrontación entre Marruecos y Argelia por este asunto contamina el Sahel y el Magreb. No obstante en este epígrafe se centrará más en otro tipo de misiones, especialmente las llevadas a cabo por la Unión Europea, que emerge como actor más activo en la región.

En esta región, la personalidad de alguno de sus líderes y las fronteras conflictivas en origen han llevado a construir identidades nacionales en contra de las del vecino. Las tensiones permanentes entre Argelia y Marruecos o las guerras vividas entre Libia y Chad son ejemplo de ello.

Cuando Gadafi fracasó en su esfuerzo unificador del mundo árabe volvió su mirada hacia África intentando erigirse en elemento aglutinador del continente. Sin entrar en detalles, incluidos en el desarrollo de este estudio, cabe atribuirle el haber propiciado la creación de las comunidades de Estados del Sahel y del Sáhara (Trípoli,1997) y el haber contribuido al proceso de trasformación de la Organización para la Unidad Africana (OUA) en la Unión Africana (UA), de más valor que su predecesora.

En la primera década del siglo XXI ha sido Francia la potencia más implicada en intervenciones militares. Sus huellas más visibles son las operaciones Manta (Chad 80) contra tropas libias y Unicornio en Costa de Marfil, Estado miembro de la CEDEAO (década pasada).

Estados Unidos cada vez se está implicando más en África, interrumpiendo este monopolio francés, implicándose tanto en operaciones de paz como en Liberia y Sierra Leona e incluso en labores de entrenamiento (Senegal). En este sentido las iniciativas PSI y su sucesora TSCTI, ya mencionadas, son la reacción al 11S. No hay que olvidar tampoco, como paso dado en esta mayor implicación, la creación del Mando Militar de Estados Unidos para África (USAFRICOM), en 2008.

La Unión Europea (UE) ha ido evolucionando desde la cooperación al desarrollo a la utilización, todavía tímida, de herramientas de la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD).

A partir del año 2010 la situación en el Sahel occidental se agrava y exige cada vez más implicación de quienes pretenden promover la estabilidad y el desarrollo y limitar el impacto del terrorismo. La sequía y las hambrunas son agudas en la zona entre 2010 y 2012. Los grupos terroristas sucesores del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GIA) y Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) han convertido el Sahel en su zona de operaciones cebándose, en primer lugar, con Mauritania y posteriormente con Malí y Níger. Las revueltas árabes, y en particular lo ocurrido en Libia, han agravado aún más la situación en el Sahel occidental. El retorno de centenares de miles de emigrados desde Libia, otros países del norte de África y Costa de Marfil ha hecho a estimar a la ONU la existencia de unos doce millones de personas en situación entre moderada y severa malnutrición en el año 2012 en el Sahel occidental. A principios del año 2013, la situación en Malí era tan crítica que Francia, respondiendo a la petición de ayuda del Gobierno interino de Malí, inicia la Operación Serval para devolver al Gobierno el control del norte del país.

En el posterior desarrollo detallado de este capítulo se cubren las demás herramientas militares presentes en Malí, así como los procesos de decisión que tuvieron lugar en la Unión Europea, en la Unión Africana y en su organización subregional CEDEAO, que hicieron posible y potenciaron una aproximación más amplia al conflicto. Nos referimos, entre otras, a la misión EUTM-Malí, a fuerzas como AFISMA, en la que los Estados miembros de CEDEAO comprometieron tres mil efectivos, y a la misión de las Naciones Unidas para Malí (MINUSMA.

Hay que destacar cómo, mientras que estos acontecimientos tienen lugar, Francia y Estados Unidos construyen pistas de aterrizaje en Níger y Malí; Reino Unido y Alemania financian instalaciones en Mauritania, Níger y Burkina Faso y Estados Unidos envía material desde su AFRICOM a

Taudeni, enclave estratégicamente situado al norte de Malí cerca de las fronteras de Argelia y Mauritania.

Una rémora regional a la seguridad es la dificultad de coordinar esfuerzos, tanto por la Unión Africana como por la organización subregional CEDEAO, a pesar de la existencia del Centro de Estado Mayor Operativo Conjunto (CEMOC), dinamizado por Argelia pero de escasa utilidad hasta la fecha.

La Estrategia para la Seguridad y Desarrollo del Sahel de la Unión Europea (2011) es desarrollada en este capítulo, e igualmente se detallan los numerosos apoyos que la Unión Europea ha prestado a la Unión Africana en los últimos años en Somalia, Darfur, la República Democrática del Congo, Chad, la República Centroafricana, Guinea Bissau y Sudán. En la mayoría de ellos Francia ha actuado como núcleo marco duro. A título de ejemplo: en EUFOR/Chad (2008), de 3.700 efectivos 2.100 fueron franceses.

Para finalizar con la introducción al capítulo se esbozan de forma sucinta algunas conclusiones:

Es difícil derrotar la amenaza terrorista en el Sahel por la facilidad de volatilizarse, dispersarse en la región, moverse en las regiones fronterizas y volverse a reagrupar y actuar con contundencia. Las últimas actuaciones han contribuido a frenar su expansión solo temporalmente.

Sin más voluntad política y determinación para combatir la inestabilidad en la región, la amenaza tiene capacidad de reforzarse dado el lucrativo negocio que suponen los *tráficos ilícitos y secuestros*. Francia ha demostrado esta voluntad coherente con sus intereses.

La Unión Europea ha mostrado hasta la fecha su aproximación como *poder blando,* priorizando la contribución al desarrollo sobre la seguridad. Su perfil como actor global va por detrás de los acontecimientos, dada la lentitud de sus procesos de decisión. Cabe esperar que el Consejo Europeo de diciembre de 2013 dé un impulso a la dimensión PCSD y sus herramientas.

La solución de los complejos problemas de la región de Sahel —falta de desarrollo económico y social, terrorismo, tráficos ilícitos, control de desplazamiento de población y refugiados, etc.— es un asunto que concierne a España dado el impacto que puede tener en sus intereses. España es el único país de la Unión Europea que tiene frontera terrestre con el Magreb y vecindad más cercana con el Sahel, en el archipiélago canario. La amenaza terrorista con base en el Sahel ha apuntado a España como objetivo en más de una ocasión. España debe representar un papel activo tanto en la Unión Europea como en sus relaciones bilaterales en relación con el desarrollo, estabilidad y seguridad en el Sahel.

Un Magreb inestable es una amenaza para la seguridad de España. Esta es la cuestión que plantea este capítulo, desarrollado por el general Marín Bello, que analiza los factores de todo tipo que contribuyen a la estabilidad de la región. Lo hace, en primer lugar, desde una perspectiva global y, a continuación, poniendo el foco en cada Estado.

El Gran Magreb, los territorios de poniente del mundo musulmán, lo conforman el Magreb histórico —que incluye Marruecos, Argelia y Túnez—, Libia, Mauritania y el Sáhara Occidental.

Podemos afirmar que las amenazas a la seguridad y estabilidad que consideramos que existen en nuestro mundo se pueden identificar en grados distintos en estos estados: el tráfico ilegal de personas, drogas y armas; la emigración incontrolada, el terrorismo islámico, el subdesarrollo económico, las disputas territoriales no resueltas, etc.

El capítulo desarrolla el análisis a partir de las siguientes premisas:

Los grupos yihadistas terroristas cada vez tienen más implantación en el Sahel y sur del Magreb.

La penetración y consolidación de estos grupos terroristas en los países del Magreb representaría un grave riesgo a su estabilidad y un impulso al progreso del islamismo radical como base de sus estructuras políticas. Además, si esto sucede, la presencia de comunidades magrebíes en Europa, y más concretamente en España, sitúa la amenaza en casa, al poder encontrar apoyos a sus acciones.

La permeabilidad de las fronteras de los Estados del Magreb y las vulnerabilidades que cada uno tiene o pueda tener son brechas que hay que cerrar en defensa de nuestros intereses. Corresponde a España representar un papel destacado, bilateral y multilateralmente, dada nuestra situación geográfica y nuestros intereses.

La gestión de posibles crisis futuras en el Magreb por las organizaciones mundiales o regionales (ONU, UE, UA, OTAN, etc.) depende del conocimiento que tengamos del Magreb como conjunto y también de las vulnerabilidades y capacidades de sus estados componentes.

En el momento actual, el Sáhara Occidental es un foco de tensión y disputa permanente entre Argelia y Marruecos que distorsiona las relaciones internas de la región y de esta con el exterior, e impide una mayor integración de la misma.

Como parte de esta introducción y dentro de la perspectiva global de la región se destacan algunos aspectos del contenido que se estudian en detalle en el capítulo:

El Magreb ocupa una quinta parte del continente, el ochenta por ciento de ella desértica. En ella habitan unos noventa millones de habitantes,

menos de la décima parte del total del continente. Excepto en las costas es un territorio poco habitado.

Salvo el río Senegal, en la frontera entre este país y Mauritania, y el Gran Río Artificial en Libia (agua fósil), que abastece unos 1.500 pozos que extraen el agua desde quinientos metros de profundidad, no hay otros recursos hídricos dignos de mención. El agua es un problema en la región. La cordillera del Atlas, que a lo largo de 2.400 kilómetros va desde el suroeste de Marruecos al noreste de Túnez, es el único accidente geográfico relevante. La franja costera es la más habitada y productiva desde una perspectiva agrícola. La riqueza agrícola representa solo en el caso de Marruecos una contribución considerable a su PIB. Considerado en conjunto, el Magreb tiene escaso desarrollo industrial. Por el contrario, en su conjunto es rico en fuentes de energía fósil y en minerales. Las comunicaciones terrestres interregionales son escasas y contribuyen poco al incremento de la actividad económica del conjunto.

En febrero de 1989, en Marrakech, se fundó la Unión del Magreb Árabe por los cinco Estados que lo constituyen, para reconocer los «lazos sólidos que unen a los pueblos del Magreb árabe y que se fundamentan en la comunidad de historia, religión y lengua». La cuestión del Sáhara Occidental entre Marruecos y Argelia ha impedido que después de 1994 se haya realizado alguna cumbre más para avanzar hacia una mayor cooperación y cohesión entre ellos. Las relaciones con España y con la Unión Europea también están enrarecidas por este motivo y limitadas a la bilateralidad.

La acción militar ha sido una constante en esta región desde las huellas dejadas por Cartago y Roma hasta nuestros días. Desde la invasión árabe, en el comienzo del siglo VIII, que islamizó al pueblo bereber, hasta que el Imperio otomano ocupó todo el Magreb excepto Marruecos, hay ocho siglos de luchas por el poder entre distintas dinastías. En esta fase del sultanato otomano tomó gran auge la piratería berberisca, que no solo hostigaba las costas europeas mediterráneas, sino que también llegó a realizar incursiones en el mar del Norte. La reacción europea a este acoso fue el control y la eliminación de esta amenaza en sus bases de partida. Ceuta fue conquistada por Portugal en 1415 y es española desde 1640, al separarse Portugal de España. Melilla es española desde 1497. Se puede decir que hubo amenaza berberisca residual hasta 1830, año en que Francia conquista y coloniza Argelia.

Hasta los años 60 del siglo XX todos los países del Magreb fueron colonias europeas. En 1975 el Sáhara Occidental fue entregado a Marruecos y Mauritania. Mauritania renunció en 1979 a lo que le otorgaba el tratado y hasta la fecha carece de un estatuto político con reconocimiento internacional.

El capítulo analiza las luces y sombras del colonialismo, del que solo destacaré ahora que, evidentemente, reforzó la conciencia nacional de

los países colonizados y que finalmente propició la independencia. La cohesión nacional, la resistencia y la lucha armada lo hicieron posible. Salvo Marruecos, que continuó con su régimen monárquico, el resto de los países adoptaron estructuras políticas similares a la de sus países colonizadores, la república.

En Argelia, Marruecos y Túnez el islam es la religión oficial del Estado. También lo es en la Constitución de la República Árabe Saharaui Democrática y en Libia, tras Gadafi. La Constitución de Mauritania la declara como una república islámica. En todos estos países la ley islámica es fuente de derecho, si bien, oficialmente, se respeta la Declaración de Derechos del Hombre y la libertad de cultos. El islamismo está en fase ascendente en todos los países del Magreb y el laicismo es considerado por la mayoría un elemento conceptual foráneo. Está resurgiendo un islamismo menos contemporizador con los sistemas establecidos por razones que se analizarán en el cuerpo del trabajo. Junto con ellos, los grupos yihadistas están presentes en el escenario político. Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) es su última manifestación.

Antes de aportar un apunte específico de cada uno de los estados del Magreb es importante destacar alguno se los actores exteriores de más influencia en la región:

Francia, España e Italia, antiguos colonizadores dejaron huella y lazos perdurables en los países de los que fueron antiguas metrópolis o en las que ejercieron un protectorado. El protagonismo y la influencia franceses destacan por encima de los demás dadas las duraderas e intensas relaciones anteriores. Esos lazos se han extendido hoy a la Unión Europea, que importa el 60,6% de las exportaciones del Magreb y aporta un 51,5% de las importaciones que el Magreb recibe. En el ámbito político, la Unión Europea es consciente de que la prosperidad y estabilidad del Magreb tienen una importante repercusión en su propia estabilidad, pero no todos los socios de la Unión Europea tienen esta misma percepción. No obstante, en 2011 se creó la Asociación para la Democracia y Prosperidad Compartida.

La expresión *leading from behind* sintetiza cuál es la postura de Estados Unidos respecto a esta región, claramente demostrada en el conflicto de Libia. El Magreb es para Estados Unidos, que prioriza la zona Asia-Pacífico, un área de interés secundario, y dejará a sus aliados OTAN llevar la iniciativa en las operaciones militares que puedan desarrollarse en la zona magrebí. Aunque mantiene buenas relaciones con los cinco Estados del Magreb, y preferentes con Marruecos, no ha conseguido hacer prosperar su intento de desplegar el cuartel general del AFRICOM en alguno de ellos. El recelo de impacto negativo que tendría en sus opiniones públicas descarta de momento esta posibilidad.

Desde 1999, Rusia incrementó sus relaciones con Argelia y Libia firmando acuerdos sobre gas y petróleo colateralmente relacionados con la

venta de armamento. La caída de Gadafi ha supuesto un golpe negativo para los intereses rusos. La impronta de Rusia en la región es, de momento, más comercial que política, y no hay que olvidar que nueve de sus veintiuna repúblicas son de mayoría musulmana.

China sigue en el Magreb una línea de actuación exclusivamente económica fundada en su interés por recursos naturales, materias primas y fuentes de energía. Participa activamente en infraestructuras relacionadas con petróleo, gas y abastecimiento de agua. No ha intervenido ni ha tomado postura en los acontecimientos de la llamada Primavera Árabe.

En relación con el mundo árabe, podemos decir que, aunque Marruecos y Argelia tienen peso específico propio en la Liga Árabe, la región como tal carece de visibilidad política a nivel global y está desprovista, en su conjunto, del peso político que tienen Turquía, Arabia Saudí, Irán o Egipto individualmente.

Como ya avanzábamos al iniciar la introducción de este capítulo, lo que comparten los países del Magreb son riesgos y amenazas originados por numerosos factores: crecimiento demográfico en relación con los recursos previstos, climáticos, insuficiencia de desarrollo económico, desconfianza hacia la capacidad del Estado para resolver los problemas, tensiones entre la población y el poder, auge del islamismo como ideología política, conflictos latentes entre los Estados, organizaciones terroristas yihadistas, mafias ligadas al crimen organizado, corrupción, etc.

Los conflictos entre Argelia y Marruecos —singularmente las disputas sobre el Sáhara Occidental— son las causas que más contribuyen a la escasa integración intermagrebí, lo que hace más vulnerables a todos.

El auge del yihadismo en un entorno de permeabilidad de fronteras es la mayor amenaza al conjunto del Magreb.

A continuación haremos una breve reseña al contenido de este capítulo en relación con los Estados que lo componen:

Marruecos

Empezaremos por Marruecos, que es un viejo Estado pero un país joven. Marruecos ha sido, sin duda, el país menos afectado por las convulsiones políticas que han aquejado al norte de África, debido a la habilidad de su sistema para anticiparse al descontento e introducir cambios. A diferencia de otros, su identidad cultural y política y sus fronteras son anteriores al período colonial. Su monarquía disfruta de la legitimidad religiosa basada en su descendencia directa del Profeta y tiene una dimensión institucional aceptada por la mayoría. La frase «Debemos cambiar con el Rey, no frente al Rey» es un fiel reflejo de la situación. La estructura política del estado es similar a la de los estados europeos con monarquías parlamentarias.

Marruecos es el primer exportador mundial de fosfatos. El sector servicios es el mayor contribuidor al PIB, con un 59% seguido de la industria, con un 25%. La agricultura, que ocupa a un 44% de la población, está en torno al 10%, que varía según la climatología, que influye en las cosechas de cada año. El resto proviene del turismo y de las remesas de los emigrantes. Lo que es más relevante, desde la perspectiva de los impactos en la estabilidad-seguridad, es que el 30% de sus intercambios exteriores corresponden a España, lo que manifiesta la dependencia de su situación económica de la de sus socios comerciales.

El índice de analfabetismo, del 40%, es, junto con Mauritania, de los más altos del Magreb.

Sus Fuerzas Armadas tienen un conjunto de capacidades convencionales significativas con relativa movilidad táctica. Tienen experiencia en combate y control de zonas extensas de territorio. Conocen la doctrina y estándares OTAN. Carecen de un sistema de mando y control conjunto eficaz, en parte por la desconfianza que tenerlo pueda generar teniendo en cuenta algunos sucesos del pasado. El esfuerzo militar por sus ya mencionadas disputas con Argelia y, sobre todo, la cuestión del Sáhara Occidental son una sangría para su economía (3,5% del PIB) que no se compensa por otras fuentes de riqueza.

En lo que afecta a Ceuta y Melilla y España, hay escenarios más probables y complejos que el puramente militar, que, sin ser olvidado, hay que contemplar si Marruecos se desestabilizara.

Por ahora podemos afirmar que aunque el riesgo de radicalización islamista existe, su asentada tradición política con partidos y sindicatos de todas las tendencias son un elemento estabilizador del sistema.

Argelia

Argelia es un país inmenso con una identidad reciente. Es el más grande de África desde que Sudán se ha dividido. El 84% de sus aproximadamente 2,4 millones de kilómetros cuadrados es desértico. De sus 37 millones de habitantes el 80% vive en las costas. Desde la existencia del reino de Numidia, las costas argelinas han sido dominadas por romanos, vándalos, bizantinos, omeyas, españoles y otomanos. La ocupación francesa de 1830 trazó sus fronteras. Al terminar la guerra de la Independencia con Francia, en 1962, se ha ido creando un sentido de identidad nacional a partir de la historia, cultura y lengua preexistentes.

La mayor riqueza de Argelia son los hidrocarburos, que pueden llegar a representar el 50% de su PIB, pero solo un 2% de la población trabaja en este sector, localizado en el desierto. La tasa de alfabetización está alre-

dedor del 73%. La falta de preparación de la mano de obra y del empresariado no hacen vislumbrar a corto plazo un aumento del sector industrial, que en la actualidad solo contribuye con un 10% al PIB.

«A partir de la guerra de liberación la violencia se ha impuesto como instrumento de poder y de imposición de la identidad nacional», según algunos analistas.

La identidad nacional de Argelia nació de la ideología socialista del Frente de Liberación Nacional (FLN) y de su brazo armado, el Ejército de Liberación Nacional. El modelo socialista panarabista de Boumedian se fue radicalizando y no produjo los resultados que la población deseaba. En 1991, trece años después de su muerte, el Frente Islámico de Salvación (FIS) triunfó en las elecciones que, al ser anuladas, desencadenaron una guerra civil que al terminar, en 2002, dejó un saldo de casi 200.000 muertos. Con un índice de abstención del 50% en las últimas elecciones (2012) es difícil aventurar cuál sería hoy en día la distribución real de las fuerzas políticas. Sí sabemos algunas cosas actualmente: la precaria salud que tiene el presidente Buteflika, la existencia y fortaleza —desgraciadamente demostrada— de los grupos yihadistas herederos del FIS, Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) y de la Brigada de los que Firman con Sangre de Moktar ben Moktar (autora del ataque a la refinería de Ain Amenas en enero de 2013). Este panorama es presagio de posibles tensiones en un próximo futuro.

Argelia dedica un 4,5% de su PIB a gastos militares. El objetivo es convertir a sus Fuerzas Armadas en las fuerzas convencionales más poderosas del Magreb. El reto que tienen es su transición de material y equipo soviéticos a fuerzas con estándares occidentales. Un largo camino si tenemos en cuenta su pasado y experiencia. Las Fuerzas Armadas argelinas han sido, hasta ahora, fuente de poder político y arbitraje del sistema. Su experiencia militar es la extraída de la guerra de la Independencia, de los choques fronterizos con Marruecos y de la lucha contra la insurgencia.

Entre los riesgos y amenazas a la estabilidad en Argelia destacan la dificultad de la sociedad argelina para crear una clase media que estabilice y modere los desequilibrios políticos del sistema, su incapacidad para controlar sus extensas fronteras y las instalaciones de sus fuentes de riqueza, siempre bajo una amenaza yihadista dispuesta a aprovecharse de la profundidad de su territorio y de santuarios en países limítrofes. Como factor puntual sobresale la precaria salud de su presidente Buteflika, así como las consecuencias en la estabilidad interna si tuviera que ser sustituido.

Dada la dependencia de España de fuentes de energía argelinas, la inestabilidad o colapso del sistema tendría gran influencia negativa en nuestros intereses. Además, si esto ocurriera, lo más probable sería una deriva hacia un islamismo radical en la vecindad mediterránea.

Mauritania

Mauritania, cuna de los almorávides, es «un país que aún está buscando un Estado», según Paul Balta. Es un pueblo en busca de su identidad nacional. Es un estado con una estructura muy débil y un territorio inmenso para controlar. Tiene doble extensión que España (un millón de kilómetros cuadrados), prácticamente toda desértica. En él habitan tres millones y medio de habitantes estratificados en castas, familias y tribus, en donde persiste la esclavitud aunque fue abolida en 1980. Es el estado más pobre y menos poblado del Magreb. El 25% de la población es nómada. Esta cifra llegó al 90% en la época de auge de las caravanas. Desde su independencia (1960), sus dirigentes han tratado de cohesionar la sociedad mediante el islam, lo que ocasiona choques con la población negra procedente del sur. Los choques entre árabes y bereberes son también parte de su historia, que terminó con el dominio de los primeros.

El mayor contrasentido es que al país no le faltan recursos como minerales, petróleo y pesca. A pesar de ello, la falta de un aparato estatal eficiente, la estructura tribal, la corrupción, las deficiencias en educación (50% de analfabetismo), entre otras, son la causa de la situación.

Desde 1960 ha habido cinco golpes de estado en Mauritania. El actual presidente, Ould Abdelaziz, es considerado por Occidente un aliado fiable que lucha por la estabilidad y prevención de amenazas en este flanco del Sahel y enlace con el Magreb.

Mauritania es frágil y las crisis humanitarias y el yihadismo son las amenazas endémicas de la región.

Túnez

Se puede decir que Túnez conserva prácticamente los mismos límites que la provincia romana de África tras la destrucción de Cartago. Este país de diez millones de habitantes es el más pequeño del Magreb. Es una vieja nación, una sociedad consciente de sus valores. El mismo contraste que existe entre el norte —fértil, productivo y habitado— y el sur —subdesarrollado y pobre— existe en la situación de su marco político. La situación es la de un difícil equilibrio entre democracia e islam. Los treinta años de Burguiba, tras un corto período monárquico al alcanzar la independencia, han dejado un legado de valores inspirados en los de su antigua metrópoli, que aún subsiste y que incluía los derechos democráticos e igualdad de la mujeres. Por otra parte, tras el derrocamiento de Ben Alí, después de los sucesos de 2011, y al ser ganadas las elecciones por los islamistas, está en el poder un gobierno que trata de islamizar el país bajo la presión salafista y yihadista. Ennhahda, sucursal de los Hermanos Musulmanes, ganó las elecciones. El proceso constitu-

yente se alarga y la tensión aumenta al no haber acuerdo en el modelo de Estado. Si a esta situación añadimos lo ocurrido recientemente en Egipto y la desestructuración de Libia, no es necesario poner adjetivos a la volatilidad de la situación. Además, el estancamiento económico y la crisis social están en el origen de estas revueltas y no tienen mejores perspectivas.

Las Fuerzas Armadas que pudieran contemplarse como referencia de estabilidad son más débiles que las fuerzas policiales y las milicias, pues no en vano el derrocado presidente Ben Alí fue jefe de la Policía Secreta de Burguiba y se apoyó en la primeras en detrimento de las segundas. Esto explica también su postura neutral en el proceso de transición.

Libia

Libia es un mar de arena que esconde dos tesoros. El millón ochocientos mil kilómetros cuadrados de su superficie (98% desierto) esconde dos tesoros de incalculable valor: las reservas de petróleo más grandes de África, y las novenas del mundo, y un lago subterráneo (agua fósil) de 150.000 kilómetros cuadrados origen del Gran Río Artificial que abastece de agua a Libia.

El rasgo más característico de su población de seis millones y medio de habitantes es su juventud (el 46% es menor de veinticuatro años), y su esperanza de vida de 75,83 años. El índice de alfabetización es del 89,5%. Las exportaciones de petróleo representan el 80% del PIB. El crecimiento económico de Libia (4,8%) y su renta per cápita (12.300 dólares), el más alto con diferencia del Magreb, deberían proporcionar una situación económica estable y de empleo para su demografía. Sin embargo, la desestructuración del Estado produjo la anacrónica situación de elevadas tasas de paro y desigualdad social, al tiempo de recibir inmigrantes por centenares de miles. La situación tras Gadafi, lejos de mejorar, ha empeorado. El Gobierno salido de las elecciones no tiene el control de la situación, al no ser capaz de imponer su autoridad. Las milicias que derrocaron a Gadafi mantienen trece brigadas con efectivos variables, mientras el Gobierno no ha puesto en pie fuerzas de seguridad y fuerzas armadas capaces de sostenerlo legítimamente. La mejor estimación no prevé un cambio de situación antes de tres años. La impunidad con que persiste la violencia solo puede conducir a la desesperanza y a la radicalidad. En este escenario, los grupos yihadistas que operan en el Sahel encuentran en el sur de Libia un santuario para continuar sus acciones.

Libia es, hoy en día, un país frágil incapaz de hacer frente a sus problemas de seguridad y un foco, por tanto, de inestabilidad para toda la región del Magreb.

Sáhara Occidental

En 1975 se firmaron los acuerdos de Madrid que repartían el Sáhara Occidental entre Marruecos y Mauritania. Desde 1979, al renunciar Mauritania, la administración del territorio queda de facto en manos exclusivas de Marruecos. En 1991 se produjo una tregua en la guerra entre el Frente Polisario y Marruecos y desde entonces existe una situación de *impasse* no resuelta en el ámbito de las Naciones Unidas. Aunque este asunto enturbia las relaciones entre Marruecos y Argelia, es improbable que llegue a producir un enfrentamiento violento entre ellos.

África y el Valle del Nilo. Recursos vitales

Llegamos al capítulo, desarrollado por el Coronel Emilio Sánchez Rojas, que completa el recorrido con perspectiva estratégica de los conflictos en África.

En los anteriores capítulos hemos tratado como focos principales la realidad de África como unidad geoestratégica, el terrorismo en el Sahel y la estabilidad en el Magreb, nuestra frontera sur. En este capítulo nos centraremos en el agua como vía de comunicación y también como fuente de riqueza y de conflictos. Al mismo tiempo, completaremos nuestra panorámica africana a través de un recorrido por sus tres grandes ríos y sus zonas de influencia. El río Níger, el Congo y el Nilo son regiones geopolíticas en sí mismos.

Si hubiéramos escogido el orden de presentación de los capítulos en relación con la exploración y entrada de Europa en el continente o incluso con la intensidad de los conflictos ocurridos, hubiéramos empezado por este capítulo. Decidimos hacerlo de otra manera en razón de su mayor influencia actual en la estabilidad y seguridad de España y Europa.

De acuerdo con datos contrastados, entre los países más afectados por conflictos en el año 2012 —año especialmente violento— se encuentran Somalia, Sudáfrica, Nigeria, República Centroafricana, Sudán, Egipto y Kenia. Todos ellos, a excepción de Sudáfrica, se encuentran situados en el delta del Níger o en las cuencas de los ríos Congo y Nilo. La región de los Grandes Lagos, donde confluyen las cuencas del Congo y el Nilo, y el África francófona y la anglófona, es especialmente violenta.

La globalización, esa expansión gradual y continua de los procesos de interacción fuera de los espacios tradicionales definidos por la soberanía, nos lleva a una geopolítica más complicada. Según algunos autores clásicos, la geopolítica es la rivalidad de poderes e influencias sobre un territorio y las poblaciones que viven en él, o también el mundo a que se enfrenta cada Estado, definido por las líneas de comunicación y la disposición de los recursos naturales. Como vemos, hasta tiempos recientes,

en el centro de la geopolítica estaban los estados y su poder legitimado por la naturaleza de sus comunidades políticas reconocidas. En esta nueva era de globalización, el poder se traslada e identifica en muchos casos con otros actores no estatales. La nueva geopolítica se asemeja, por sus rasgos, a lo que podríamos llamar geopolítica neocolonial.

Etiopía, donde trece millones de personas dependen de la ayuda humanitaria, tiene tres millones de hectáreas a la venta. Algunos de sus compradores son esos actores no estatales a los que nos hemos referido. Lo que ocurre en Etiopía y en otros países africanos, donde la tierra es comprada o arrendada para una agricultura intensiva a gran escala, representa el mayor cambio de propiedad desde la época colonial. La fiebre de la tierra, los cambios en tipos de cultivos tradicionales y otras prácticas lejanas a las necesidades de los países donde se encuentran estos terrenos tienen como consecuencia una variación en el uso del agua. Estos cambios rompen el equilibrio histórico de los ríos y crea situaciones conflictivas. Los ríos, vistos en el pasado sobre todo como vías de comunicación y, por ello, como focos de confrontación por los imperios coloniales, son además, con las nuevas tecnologías, fuentes de recursos —agua, energía y alimentos— en que concurren intereses opuestos de diferentes actores. Las cuencas de los tres grandes ríos de África, Níger, Congo y Nilo, fueron y siguen siendo regiones geopolíticas con potencialidad de conflictos por causas antiguas y nuevas.

El río Congo comunicó a Europa y sus exploradores con el desconocido interior de África en el siglo XIX. Para tomar perspectiva histórica de cómo transcurrían los acontecimientos hace poco más de un siglo, baste recordar que la Conferencia de Berlín (1885) aprobó que Congo pasara a ser *propiedad* del rey Leopoldo y que, por un acuerdo entre Francia e Inglaterra (1899), tras un incidente en el río Nilo, la primera renunció a su influencia en la cuenca del río, y la última, a sus aspiraciones marroquíes.

En los estudios sobre agua y conflictos transfronterizos se identifican dos problemas relacionados con el agua: cada año mueren entre 2,5 y cinco millones de personas por falta de acceso al agua potable y la degradación de los ecosistemas. Se constata además la poca probabilidad de guerras entre países por el agua, mientras que en el interior de estos se identifican aumentos de violencia significativos por este motivo. Darfur y Kenia confirman conflictos étnicos por el agua. Hasta fechas recientes, la existencia de violencia era necesaria para confirmar un conflicto hídrico; sin embargo, como analizará en detalle este capítulo, esto es una concepción muy limitada. En este capítulo se profundiza en la naturaleza de los conflictos en general, sus causas, lógica, fases, tipología y factores estructurales como el papel del Estado, de élites y líderes y la escasez de recursos y falta de seguridad. En África, el limitado acceso al agua potable y la incapacidad de acceso a zonas de producción de alimentos son una causa de conflictos: la colisión entre pastores nómadas del norte

y agricultores del sur (Malí, Níger y Sudán), y la pérdida de terrenos cultivables en el delta del Níger, son el ejemplo. Existe un problema potencial más grave por el uso de las aguas del Nilo entre Egipto y el resto de los países de la cuenca que se analiza más adelante.

Antes de abordar los conflictos por estados o regiones concretas, aportamos un recorrido muy esquemático a las causas de fondo de los conflictos africanos:

Algunos analistas, como el nigeriano A. O. Ikelegbe, culpan al colonialismo de todos los males africanos, «el hacha que desarraigó la tradición africana, dejando a la población a la deriva, con escasas posibilidades de extraer experiencias del pasado».

Otros, como el keniano Alí Mazrui, opinan que no es la violenta pérdida del pasado, sino la herencia recibida de los líderes del pasado en lo que denomina «tradición de mayores» o «sabia tradición» o «tradición guerrera»: la primera es de naturaleza paternalista; la segunda está orientada a proteger al dirigente de toda oposición y la tercera ejerce un poder intimidatorio que recurre a la fuerza y al terror para imponer su voluntad.

El nacionalismo africano resultó incontenible cuando las potencias coloniales carecieron de argumentos tras haber luchado en la Segunda Guerra Mundial por su libertad y tuvieron menos poder de resistencia.

Durante la guerra fría, Estados Unidos y la Unión Soviética no permitieron que las riquezas africanas pasaran a la esfera de influencia del contrario. Es muy elocuente la cita de la embajadora Kirkpatrick en la que justifica el apoyo a las dictaduras anticomunistas: «Los autócratas tradicionales toleran las desigualdades sociales, la brutalidad y la pobreza, mientras que los autócratas revolucionarios las crean». Más adelante, la época Carter trajo consecuencias desestabilizadoras al cambiar los criterios de Estado.

Para muchos analistas, África obtuvo independencias sin soberanía real y pasó del colonialismo al neocolonialismo. El poder público se ha convertido en una forma de sacar provecho, y el golpe de Estado, en una forma natural de llegar al poder.

Nigeria

Nigeria es una potencia regional que soporta uno de los niveles de violencia más grandes de África. Es el único país de la cuenca del Níger situado fuera del Sahel, región a la que extiende su influencia. La violencia está muy regionalizada en el país y su intensidad ha aumentado bruscamente a partir de 2010. El Estado ha demostrado tener capacidad de reacción y solidez para enfrentarse a un número de amenazas situadas en zonas muy distantes y de naturaleza diferente: la militancia islamista, con Boko

Haram y Ansaru como grupos más significativos; la violencia comunal que constituyen los milicianos, turbas, o alborotadores étnicos y religiosos, que produce el mayor nivel de muertes; la violencia del delta del Níger, con actividad rebelde de violencia persistente de alto nivel, que tiene impacto en la estabilidad nacional.

A pesar del nivel de violencia, Nigeria dispone de unas fuerzas armadas y de seguridad consistentes y el Estado posee capacidad de gestionar sus problemas.

Cuenca del río Congo

La cuenca del río Congo tiene una gran importancia geopolítica: cuenta con 25.000 kilómetros de vías navegables, un potencial eléctrico de 100.000 megavatios, 204 millones de hectáreas de bosque y una gran biodiversidad.

Diez países se encuentran dentro de su cuenca: Angola, Burundi, Ruanda, Camerún, la República del Centro África (RCA), Congo, la República Democrática del Congo (RDC), Tanzania, Zambia y Gabón.

El desarrollo del potencial eléctrico de la cuenca, que implica variaciones de cursos de ríos y la alteración de la superficie cultivable por diversas causas, como el cambio climático, son riesgos potenciales para la estabilidad al producir desequilibrios.

La zona de los grandes lagos donde confluyen las cuencas del Congo y el Nilo Blanco es un área especialmente conflictiva. Los conflictos que causan mayor preocupación son los que tienen lugar en la República Democrática del Congo (RDC) y en la República Centroafricana (RCA).

RDC

La RDC, debido a su situación conflictiva, es el lugar de más probable actuación de la comunidad internacional. Los grupos rebeldes, más de veinte, se distinguen por su carácter étnico y su continua fragmentación.

El Gobierno de Joseph Kabila no tiene capacidad de control sobre lo que sucede en su inmenso país. Lo más preocupante es que su ejército, formado a partir de facciones y milicias rebeldes, no representa una auténtica fuerza nacional. La toma de la ciudad de Goma por los rebeldes del M23 en 2012 es el ejemplo de más visibilidad de lo precario de la situación.

Después de la experiencia o síndrome de Somalia, la comunidad internacional tendrá que sopesar los riesgos de una posible actuación en la RDC dada la complejidad del escenario a que se enfrenta.

RCA

«La RCA es peor que un estado fallido, se ha convertido prácticamente en un estado fantasma carente de capacidad institucional significativa [...]» (ICG, 2007).

La RCA es independiente desde hace más de cincuenta años, pero hasta 1993 no tuvo un Gobierno legitimado en las urnas. Las disputas entre habitantes del río y la sabana hicieron encallar el proceso democrático y sumieron el país en una guerra civil.

Motines y rebeliones sumen el país en una crisis permanente y el Gobierno no tiene capacidad ninguna de control.

El presidente Bozizé llegó al poder apoyado por Francia y Chad y fue confirmado en 2005 en las urnas. Su actuación ha provocado un estado de rebelión permanente. Su Guardia Presidencial (milicia tribal) ha cometido actos de brutalidad generalizada en el bastión de su antecesor Patassé con cientos de civiles ejecutados y miles de casas incendiadas.

En marzo de 2013, una coalición de grupos rebeldes (Seleka) entró en la capital, Bangui, a pesar de la presencia de fuerzas de otros países africanos que apoyaban al Gobierno. El presidente Bozizé y sus fuerzas de apoyo, a excepción de las de Chad, abandonaron la ciudad. El líder rebelde Michel Djotodia se autoproclamó presidente. Episodios similares han ocurrido cada diez años. La RCA es una fuente de inestabilidad creciente en toda la subregión que solo puede tener el contrapeso del binomio Francia-Chad, núcleo dominante en la región, liderando una coalición de otros actores africanos.

Valle del Nilo

Sudán (DARFUR)

Sudán es un escenario permanente de conflictos, muchos de ellos relacionados con el agua. Desde su independencia, en 1956, con excepción de once años (1972-1983), el enfrentamiento entre musulmanes del norte y cristianos y animistas del sur ya ha costado más de dos millones de vidas. Desde 2003 milicias árabes, con el visto bueno de Jartum, han practicado una limpieza étnica en la región de Darfur que ha provocado una grave crisis humanitaria. Lejos de ser un conflicto étnico o religioso —es decir, por razones de raza o religión como causa primaria—, aunque esos rasgos puedan contribuir a enconar los hechos, las razones de fondo son la tierras fértiles de la población agricultora africana y la sequía, que cada vez afecta más a los nómadas árabes del norte. El número de desplazados alcanza proporciones de 300.000 personas solo desde enero de 2013.

Sudán del Sur

Hogar de la mayor concentración de pastoreo tradicional de mundo. La escasez de agua con sequías pertinaces genera conflictos entre pastores y de pastores con agricultores. La violencia entre comunidades ha dejado a más de 100.000 personas en necesidad extrema en Jonglei.

La competencia por el control del agua, un legado de guerra civil, la militarización de la sociedad y la disponibilidad de armas han contribuido al enconamiento de las rivalidades. Existen más de 120.000 desplazados que sufren necesidad básica extrema y que es difícil de cubrir por las organizaciones mundiales humanitarias al ser bloqueada su actuación por los grupos en litigio.

Tanto en Darfur y Abyei, en Sudán del Norte, como en Jonglei, en Sudán del Sur, sufren altos niveles de violencia y una catástrofe humanitaria con escaso eco en los medios de comunicación internacionales.

Agua, conflicto y la cuenca del Nilo

Solo un uno por ciento del agua dulce disponible en la Tierra es accesible para las necesidades humanas. El agua dulce es un recurso renovable, pero su distribución ni es simétrica ni es equitativa, y está sometida a variaciones climáticas de difícil previsión. El acceso a este recurso es esencial para la subsistencia y el desarrollo y es por ello causa de conflictos. Aunque unimos más la conflictividad a la escasez, la abundancia de un recurso puede ser también causa de conflictos *(la maldición de los recursos).* Cuando existe un excedente grande, algo desaparecen los incentivos para buscar nuevas fuentes de ingresos. La riqueza se concentra en pocas manos y a veces no requiere mucha mano de obra su explotación. Se tiende a exceder los límites de los recursos renovables. La desigualdad social aumenta y esto favorece regímenes menos democráticos para controlar la situación.

En este último tramo del capítulo se profundiza en la hidrohegemonía —las prácticas hegemónicas y contrahegemónicas en relación con el agua— y en la búsqueda de un derecho internacional que codifique el uso del agua de forma equitativa y razonable. El estudio se centra en la cuenca del Nilo y sus actores en los distintos sectores de la cuenca: Eritrea y Etiopía en la parte más alta, Sudán en la intermedia y Egipto en la intermedia y baja. La historia de este conflicto hídrico, los tratados, sus denuncias, amagos de intervenciones bélicas y los retos de más actualidad son desarrollados en profundidad. El acaparamiento de tierras y los proyectos agrícolas cualificados en la zona nos dan resultados en los que no salen las cuentas de sus impactos hídricos y disponibilidad de recursos. La planificación y gestión común de los recursos hídricos, un análisis

más elaborado de la gestión del agua, exige introducir en la ecuación conceptos nuevos como *agua azul, agua verde, agua virtual* y *huella hídrica.* Con estos conceptos, con su traslado a lo que sucede en el Nilo de acuerdo con ellos y con unas conclusiones finales, se cierra el último capítulo y también la introducción al conjunto del trabajo.

El propósito de la introducción ha sido transmitir la idea de un continente diverso, complejo y con gran cantidad de conflictos potenciales; estimular la lectura del cuerpo de sus cuatro capítulos, al despertar el interés hacia temas desconocidos o presentados con demasiada sencillez y falta de profundidad en este sumario ejecutivo, y, sobre todo, dibujar algunos trazos internos y un contorno geopolítico común a un continente, «África, futuro escenario de operaciones militares».